

12/I/72

Por la Patria

(Contestación á "un boliviano"
sobre la anexión de Bolivia).



LA PAZ

"Imp. Artística" Velarde, Aldazosa y C^o

1903

B

89

01751

Por la Patria

(Contestación á "un boliviano"
sobre la anexión de Bolivia).



LA PAZ

"Imp. Artística" Velarde, Aldazosa y C^o

1903

Santiago, Abril 12 de 1903.

Señor Doctor Don

José María Escalier

Buenos Ayres

MUY DISTINGUIDO SEÑOR:

Por los diarios de Buenos Ayres y Santiago, tengo conocimiento de la carta que le ha sido dirigida, y publicada, por un compatriota nuestro, lanzando la idea de anexión de Bolivia á la Argentina, como medio eficaz para salvar al primero de estos países de la prostración y la ruina á que se dice camina rápidamente.

No creí por un solo momento que esa idea, que no venía siquiera revestida con el ropaje de una novedad política, alcanzaría á merecer

que órganos serios de publicidad, le hubieran dado una importancia de actualidad que no tiene ni puede tener, pues aparte de que esa idea fué ya echada fugazmente á los aires en anterior y desastrosa ocasión, la situación actual de los países americanos, sus condiciones de estabilidad, y digámoslo de una vez, la consideración siquiera que merece el patriotismo de la nación que debe su situación actual á su resuelta y valerosa actitud en la campaña del Acre, eran suficientes para relevar á esos diarios de la tarea infructuosa de poner tal idea en el tapete de la discusión ó de un estudio medianamente serio.

Empero, ya que por desgracia no ha sido así, y por el contrario ha obtenido la festinatoria idea, sino formal acogida, al menos los honores de ser comentada en varios órganos periodísticos, menester es que se deje escuchar desde luego la

protesta del patriotismo herido á la sola enunciación de ese proyecto que pugna con la dignidad de cualesquiera nación altiva y celosa de sus fueros.

Ante todo, y para ser explícito, debo declarar que no atribuí por un solo instante, ni atribuyo á U. el texto, ó la idea siquiera, de la carta que me ocupa, pues conocidos como son sus antecedentes de ilustración, de acierto y de patriotismo, no era posible suponer que ellos la hubieran por lo menos procurado algún amparo.

Por ello, porque esa carta dirigida á U. ha podido merecer la atención de quienes tienen conocimiento de la posición social y política en que se halla colocado, es que me atrevo á dirigir también á U. la respuesta, declarando nuevamente que no va ella destinada á juzgar apreciaciones ó ideas que yo considere tuyas, sino las del boliviano que no

teniendo suficiente entereza para presentarlas por sí mismo, les ha buscado amparo á la sombra de una personalidad reconocida y respetada dentro y fuera del país.

Bien sé que cuando esa aislada voz que ha tratado de resucitar la idea de anexión, ya sepultada, llegue acaso á repercutir en las fronteras de la patria, habrá de ser enérgicamente ahogada por los acentos de indignación que despertará en el espíritu del pueblo boliviano.

¿Se ha creído, por ventura, que la manera de alentar y estimular la energía de ese pueblo es aconsejar su anexión, declarándolo así vencido é impotente para levantarse por sí solo? ¡Como si su alma jóven y viril, con plétora de vida, no sintiera ya mas las vibraciones del intenso patriotismo de que siempre diera elocuentes pruebas, patriotismo que para mí no se traduce por cierto buscando el engrandecimien-

to y la salvación de la patria en la humillación misma del orgullo nacional, sino estimulando ese sentimiento patriótico, aguzándolo, para que el país busque en si mismo la fuerza redentora que la arranque de brazos del estacionarismo que la aniquila y amenaza matarla.

Comprendo, señor, que el brillo de la civilización, más avanzada sin duda en otros países de la América latina, seduzca á los hijos de nuestra patria, lejos de ella, y les haga desear vivamente que también sea partícipe de los destellos del progreso humano; más no acierto á comprender cómo, quien puede palpar las verdaderas causas, el origen de ese desarrollo y civilización en otros centros, no deduzca de ellos mismos la enseñanza provechosa para un pueblo que cuanto más débil y postrado estuviera, requeriría por lo mismo no sufrir des-

viaciones fantásticas, sino ser conducido á un encarrilamiento seguro y práctico.

¿Por qué aquel dedo que indica al país un medio ilusorio, por no decir deprimente, para salir de su transitoria postración, no señala, ya que á la distancia no puede tocar, la llaga que corroe y consume el organismo nacional?

Convengamos, señor, en que ese dedo no es por cierto el de un verdadero médico, ni siquiera el de un pseudo-facultativo político.

He dicho que ese medio es absolutamente ilusorio, porque, sin entrar en disquisiciones inútiles relativas al sentimiento nacional, basta consignar un solo aspecto de los muchos por los cuales puede tomarse la idea de anexión de Bolivia á la Argentina, para llegar al convencimiento de que ella no merece ni

los honores de ser tenida en seria consideración.

Me refiero al rechazo de plano que recibiría ese propósito, por parte de los países cuyos Gobiernos celebraran el convenio y de otros igualmente interesados.

Bolivia, no consentiría jamás en apelar al extremo recurso de la anexión á ningún país, porque basta considerar que la nación que despertó al grito de libertad, que adquirió su independencia tras una cruenta lucha y á costa de inmensos sacrificios, y que conserva el precioso legado que le dió el genio del inmortal Sucre, no lucirá por su propia mano el puñal que extinga su organismo de nación libre, soberana é independiente.

Y esto no es *quijotismo*, señor. Lo sería talvez, si acaso el país hubiera llegado realmente al último grado de aniquilamiento, (cosa que ciertamente se halla bien lejos de

la verdad) y si la idea que nos ocupa pudiera ser entonces realmente salvadora y de posible realización, pero por fortuna son meras y falsas suposiciones, que lanzadas al aire, como aquella misma idea, se pierden luego en el vacío.....

Pero aceptemos por un momento la suposición de que Bolivia consintiera en anexarse; la república Argentina ¿sacrificaría tranquilidad y paz, bases firmes de su rápido y sorprendente desarrollo, por el mero deseo de adquirir territorios por ricos que ellos fuesen? No trepidamos en responder negativamente.

Los hechos, con una persistencia muy reveladora y que no dá lugar á antojadizas interpretaciones, han demostrado que esa nación, ahogando los sentimientos de patriotismo efímero y bullangero, sigue de tiempo atrás una ruta acertada y segura que la habrá de con-

ducir á su engrandecimiento y prosperidad estables. No comprometió sus intereses en ocasión en que pudo terciar con éxito en la lucha (1879) y sin ir más lejos, recientemente, cuando el velo del candor aun cubría los ojos de los soñadores alucinados, prefirió abandonar territorios valiosos que reputó hasta entonces invariablemente suyos, entre gándolos al fallo de un árbitro, á trueque de cimentar en una paz firme y duradera, su desarrollo y su progreso.

Y decimos que no sacrificaría esa paz que constituye el mas brillante triunfo de su diplomacia serena y tranquila, porque—y aquí viene el gran nudo del asunto—¿consentirían las naciones vecinas, y especialmente Chile y el Brasil, en que esa anexión se realizara, cuando salta á la vista que ella rompería la estabilidad del equilibrio americano?

¿No daría ella una superioridad indiscutible á la Argentina, con detrimento del poder y la autonomía de los demás pueblos sudamericanos?

¿Se ha olvidado quizá que cuando en la primera mitad del siglo pasado se llevó á cabo la confederación Perú-boliviana, aparte de que ella fué impuesta por el carácter audaz y ambicioso del general Santa Cruz, y contrariando la opinión del pueblo boliviano, fracasó al nacer, tenazmente combatida por otro país vecino que consideraba que la incorporación de las dos repúblicas en una, ponía en manifiesto peligro la seguridad de los estados vecinos, y que no era posible que aquel país consintiera en ella, sin dejar su suerte futura librada á merced de funestas contingencias?

Paréceme que no es preciso consignar acá la respuesta que lógicamente se desprende de los hechos

ligeramente invocados, y sin hacer mayor hincapié, que no lo merece el proyecto á que me refiero, paso á otro género de consideraciones, relacionadas con el mismo tópicó que él persigue.

Soy el primero en reconocer que Bolivia atraviesa hoy por una grave y delicada situación, pero al mismo tiempo creo también que ella le sugiere una enseñanza más, y que aprovechándola, debe propender á dar un vigoroso impulso á su progreso nacional, despejando resuelta y cuerdamente el horizonte político internacional que hoy se muestra ya mas sereno y abierto. Aludo á nuestras antiguas diferencias con los países vecinos, las que si bien no han sido totalmente solucionadas, están por lo menos en vía de tocar á un pronto y buen término.

Quienes con laudable espíritu patriótico, recuerdan desde lejos á la patria, y se conducen al verla atribulada y afligida, ¡cuán útilmente podrían servirla, enviándole desde allí, y á través de una atmósfera exenta del vaho asfixiante de los odios y de las pasiones políticas, su palabra imparcial de consejo, de advertencia y aun de aliento!

Y esa palabra imparcial, debería ir acompañada del suficiente valor moral y civil, que despreciando los gritos de la maledicencia *chauvinista* y callejera, dígan al pueblo leal y francamente cuáles son sus verdaderas conveniencias y dónde puede encontrar la piedra fundamental, sobre la cual levante el edificio nacional en que la moral y el trabajo sean la divisa que tenga para la marcha segura y libre de sus instituciones públicas.

Esa palabra debería denunciar el escollo en que fracasan las más

justas aspiraciones nacionales, cuando se estrellan ellas en el foco del partidismo político, y en el empeño de perseguir tenaz y ciegamente un propósito, sin pensar en que si él no puede obtenerse por desgracia, puede en cambio ser reemplazado por otro que reporte equivalentes sino mayores ventajas y utilidad práctica para el país.

Debería revelar que esas mismas aspiraciones, por justas y patrióticas que sean, tropiezan en veces con el límite de lo posible, y que sin desesperar ni perder de vista el momento en que ellas pudieran realizarse, y que algún día llegará, el mismo patriotismo reclama entre tanto prudencia y serenidad para buscar otras soluciones que abran campo al desenvolvimiento nacional, y arranquen al país de la prostración en que su misma situación incierta lo mantiene.

Hacerle comprender que nó con

discursos ni palabrería rimbombástica se puede conducir al pueblo á la meta de sus aspiraciones, no con resistencias y luchas desiguales, aunque heroicas, se obtiene hoy la preponderancia y el bienestar á que se aspira, y que en este siglo son más útiles para un país los cerebros bien organizados y los brazos bien musculados, puestos á su servicio, que los corazones henchidos de nobles sentimientos ó ideales aspiraciones.

Y si no falta un grito de cigarra que trate de acallar esa palabra honrada, pregonando el "honor nacional," "la muerte del país" antes que ceder á la imperiosa ley del tiempo y de los hechos, que aquella palabra tenga la fuerza necesaria para replicar que no siempre es ese el único ni el más seguro medio de defender la honra nacional, y que aquella muerte á que se entrega una nación que aun tiene gérmenes

de vida, por ideal y hermosa que sea, no lleva en realidad consigo sino el sello de la impotencia y el pobre valor del suicidio!

El siglo no es de ensueños. Y los mismos que perseguimos en momentos psicológicos el laurel del poeta, cuando asoma á nuestro pensamiento el nombre de la patria, sabemos que en la práctica no le dan mayor grandeza las loas soñadoras que la enseñanza de la voz que le indica los peligros en la ruta, cuando esa misma voz no es por desgracia ahogada por la razón fatal del sable ó los cañones.

Quien pensase de modo contrario, debería ver que así expone á la patria y se expone él mismo á seguir la suerte de aquel astrólogo griego que por mirar al cielo.....ca-
yó en un profundo pozo.

Repito que soy el primero en deplorar, con el espíritu angustiado,

el período de crisis política y económica que aun no ha acabado de afligir á nuestro desgraciado país, y cuyas dolorosas consecuencias tampoco pueden preverse, y creo que hoy, más que nunca, el esfuerzo, la energía del alma nacional, deben ser encaminadas por las ideas prácticas, de orden, de paz y de trabajo.

Bendito el día en que hayamos llegado á comprender que solo bajo el amparo de esos sentimientos bienhechores, pueden los pueblos adolescentes de América alcanzar el desarrollo de sus fuerzas vitales, desgastadas ya, al nacer, en el choque violento de las luchas intestinas, de los extravismos patrióticos y de las pasiones políticas.

Y cuando penetrados de que ese es el único derrotero que conducirá al país á su bienestar y grandeza, encaminemos por él todas nuestras aspiraciones patrióticas, nos enorgulleceremos de que ellas se hubie-

ran realizado por el exclusivo esfuerzo propio.

Cimentemos primeramente la *paz*, el *orden* y el *trabajo*.

Y las rentas económicas del país no habrán de consumirse devoradas por las fauces insaciables del monstruo de las guerras internas y externas; el crédito de la nación no decaerá progresivamente ante los ojos escudriñadores de las potencias americanas y europeas; ni tendremos necesidad de insinuar declaraciones protectoras á países más poderosos, las que lejos de redundar en provecho de la nación q' las demanda, no hacen sino confirmar claramente el concepto de poder ser considerados estos países como poco serios, y poco dignos de merecer el respeto, ni siquiera el apoyo de otros más fuertes (1).

(1) Recuérdese la nota últimamente pasada por el Canciller Argentino Dr. Drago, al Secreta-

Difundir la instrucción en las masas populares, base del criterio recto de un pueblo; generalizar la educación que reacciona sobre el estado social y prepara para todas las iniciativas que exige el desarrollo intenso de la actividad moderna; atraer capitales extranjeros que abran el surco de nuestras riquezas inexploradas (2); cruzar el territorio de vías ferreas que nos pongan en contacto con los países más inmediatos, americanos y europeos; buscar salida á nuestros valiosos productos nacionales, encerrados geográficamente, al decir de un notable escritor, en el corazón de Sud

rio de Estado de N. A. Mr. Hay, á propósito de la cuestión alemana-venezolana.

(2) El actual bienestar económico del Perú, se debe en gran parte á haber él obtenido el acceso de fuertes capitales norte-americanos. Es digno de notarse que aquella nación que 8 años atrás tenía un Presupuesto de seis millones de soles, más ó ménos, haya triplicado hasta la fecha esa suma, alcanzando hoy á 17 000 000 de soles.

América (3), y llevarlos por el río Amazonas al Atlántico, por el río Paraguay al Río de la Plata y al Atlántico también, por Jujuy á Buenos Ayres, y por ferrocarriles sino por puerto propio al Pacífico; fomentar el incremento del comercio de importación y exportación, teniendo en cuenta que hoy por hoy los países más poderosos, y con mayor razón los débiles, buscan su preponderancia real, mas aun que en la conquista, en la provechosa supremacía comercial;—y he ahí que la realización de esos propósitos, hábilmente combinada, será la obra futura *del buen sentido, de la paz y del trabajo.*

Acaso no faltaría quien aquí me detuviese exclamando: ¡iluso! Quizás! Pero al menos constituyen mis ideas una aspiración sincera-

(3) Dn. Dionisio Ramos Montero.

mente patriótica y ante todo práctica.

Propendamos á hacernos respetables y fuertes por nosotros mismos, no fiemos nuestro porvenir ni á los azares del tiempo, ni á esfuerzos ajenos; y no tendremos que ocultar el rostro enrojecido por el azote de una voz que salvando fronteras que no son las de la patria, muestra hallar la salvación de ella en la idea de su anexión á otro país, que si bien nos es simpático y es hoy indiscutiblemente más grande, más rico y poderoso, no es por cierto ni más patriota ni más digno de vivir por sí solo que el nuestro, débil, pero por fortuna aún no exhausto de riqueza y sobre todo de patriotismo.

Sea Ud. señor, indulgente, disculpando el que haya molestado excesivamente su atención, en gracia de que el mismo sentimiento patriótico que pudo haber inspirado

la carta á que me refiero, motiva también esta respuesta de su respetuoso compatriota y obsecuente servidor.

Eduardo Diez de Medina

